

## “MAR NEGRO”

La pregunta más recurrente que origina la lectura del libro “Mar Negro” de Ana Arzoumanian (Ediciones Ceibo, 2012) parece ser: ¿Cuántas memorias portan las memorias en la memoria? Pregunta que necesariamente organiza la trama de los cuerpos contingentes y activos. Lo que pretendo señalar es que cada cuerpo puede ser entendido como un espacio que, a la manera de los antiguos procesos fotográficos, mantiene en sus estanterías (simbólicas) los negativos que contienen las huellas históricas de su pertenencia a pasados que transcurren materialmente en su presente.

Los tiempos memoriosos e incisivos se implican unos en otros para actuar el eterno presente. Un presente implicado que se representa a sí mismo una y otra vez, cada vez. Una y otra, ya en el mínimo, sincrónico, obligatorio parpadeo visual o en la estruendosa, inevitable pesadilla que pone en evidencia el caos abismal en el que yace replegado el caos que cargamos.

La historia. La presencia del tiempo siempre poblado de signos, fatiga y desvela. Quizás es pertinente recordar que Sísifo, el astuto Rey de Corinto desafió a los dioses cuando consiguió encarcelar a Tánatos y así se suspendió la muerte en el mundo. En cierto modo la escritura de la muerte consigue detenerla mediante su petrificación: El libro como tumba. Sin embargo, desde otra perspectiva, la muerte sólo puede ser encarcelada en la letra porque el cuerpo la porta como la sintaxis más intensa para dirimirla resistencia de su frágil contextura. Entonces, una de las posibilidades es leer “Mar Negro” como la ardua empresa de un

Sísifo quien, porque no consiguió encarcelar de manera perpetua a la muerte, es obligado, en las profundidades del mundo, a la tarea de empujar la piedra hacia una cima eternamente inalcanzable.

Ana, la narradora de “Mar Negro”, busca establecer un suelo y los tiempos para organizar su geografía de la muerte. Intenta configurar una bitácora de viaje. Desde la letra quiere disparar una toma fotográfica a partir del abuelo que parece haber sobrevivido sólo para cargar las pérdidas que Ana debe restaurar: la antigua fotografía tánatica del abuelo en ella, el ojo del abuelo en ella. En su letra, la de Ana.

Una memoria doble: tanto de la imagen y de la letra como la de la imagen en la letra. Ese parece ser el desafío. Cómo inscribir esas imágenes en la letra ya no para encarcelar a Tánatos y detener la muerte en el mundo o la muerte del mundo sino más bien, cuando el terrible poder de los dioses de la muerte ya se han manifestado, parece necesario retomar a la imagen de Sísifo empujando la desmesurada piedra que caerá de manera monótona para volver una y otra vez a ejercer el duro trabajo al que obliga la memoria: recordar, reparar decorar a sus muertos.

Pero, tal como Sísifo, este texto apunta a una memoria sin cima. Y que, sin embargo, de manera empeñada quiere alcanzarla.

Como una neurosis incesantemente recorrida por sus signos, Ana, la narradora, vuelve a transitar la geografía armenia. Excava en la literatura y en sus formas para retomar el peso de una masacre sin cima. Sin reparación.

“Esta es una carta”, señala el texto, una “arqueología de formas inestables”. Se puede pensar que el libro establece de manera estratégica una afirmación o tal vez una definición. O

quizás sea el recurso de la epístola, de esta particular espístola, lo permita la materialidad de una escritura que renuncia a la linealidad. En este sentido, la “carta inestable” puede ser entendida como una misiva que viaja del Mar Negro hacia la Argentina, una carta que condensa más de cien años de tránsito, un siglo entero de letra que no consigue llegar a su destino porque ese destino o esa cima todavía no se ha configurado.

Una “carta” como lo señala el texto que pasa por diversos territorios para establecer el escenario de un juicio. Una carta que instala y desinstala la erótica en los amantes, porque el constante cuerpo erotizado se desvanece cuando se confronta con la posibilidad de los cuerpos abrumadoramente destrozados.

Pero la concurrencia incesante del cuerpo parece ser la forma en que se consigue configurar la condición inamovible de masacre. El mal llamado Descubrimiento de América y la terrible Conquista dieron origen al genocidio como tecnología del odio. En poco tiempo, apenas unos años después de iniciada la Conquista (en un mundo de baja densidad) más de diez millones de habitantes de los pueblos originarios habían sido destruidos. De esa manera se legitimó una práctica radical de exterminio que coincidía con la codicia y la instalación de los mercados mundializados. Diez millones como punto de partida para la aguda concomitancia entre crimen y capital.

Sabemos que el siglo XX fue completamente destructivo. El masivo exterminio en los primeros años parece indicar lo que iba a ser la vocación ese tiempo: un millón y medio de armenios asesinados. Con Hitler millones de judíos, las purgas en la Unión Soviética, Bosnia. Muertes sobre muertes en indescritibles crímenes de poder y de guerra.

Y en esta geografía los golpes de Estado del Sur del Continente: Chile, Argentina, Uruguay, Brasil y su estela de víctimas. Y la muerte sin cuerpo encarnada en la dramática categoría de Detenido Desaparecido.

Hoy el siglo XXI está enclavado en Oriente. Se profundiza una nueva zona de catástrofe donde los sobrevivientes muestran su desventura en amplias zonas misérrimas de expatriados.

Los textos de la muerte no cesan. No cesan porque la masacre es una de las prácticas más recurrentes de la historia y en esos actos la categoría de lo humano pierde su estatuto porque las víctimas dejan de significar para las comunidades que los destruyen. Pero también es histórica la memoria y la pregunta por la reparación y por el protocolo de los muertos.

“Mar Negro” apela a ese espacio. La escritora Ana Arzoumanian escribe un relato múltiple –básicamente acudiendo a poéticas- para dar cuenta de sí y de los otros de ella. Porque en este texto, autora y narradora comparten estrechos vínculos identitarios. La pertenencia armenia es el nudo capital que impulsa viajes, testimonios, memorias individuales, saberes patrimoniales, ritos.

La figura del abuelo condensa la penuria familiar y los crueles senderos de las mujeres que en uno u otro escenario, de muerte o de resurrección, de sobrevivencia o exterminio, operan sólo como mercancías o llegan para incrementar el botín.

El libro no busca resolver, no pretende establecer la última palabra o la única. Es una novela o un ensayo o un diario o una larga carta o un poema de la muerte y de la historia de la muerte. Ya Primo Levy aseguró que su condición sobreviviente de Auschwitz, estaba destinada a testimoniar esa experiencia. Giorgio

Agamben, el filósofo italiano en su extraordinario libro *Homo Sacer*, se volcó a establecer una analítica del testigo a partir de los libros complejos y dramáticos de Primo Levy.

“Mar Negro” de Ana Arzoumanian transcurre en esa dirección, sólo que el testigo ahora circula de cuerpo en cuerpo, de tiempo en tiempo en descendencias que, a la manera de las postas humanas, retoman la vocería y recuentan a sus víctimas.

La memoria opera en las tierras de vida –la Argentina- para conservar en esa lengua, la argentina, la historia de la muerte en las nuevas vidas.

La escritora argentina Ana Arzoumanian cita a la escritora armenia Ana Arzoumanian y ambas, seguras de su objeto, empiezan a escribir.

Diamela Eltit